

## DOMINGO II DE NAVIDAD

La liturgia de este domingo nos invita de nuevo a contemplar el misterio de la Encarnación. La fe cristiana parte de un hecho concreto: en la ciudad de Belén, en un día determinado, nació el Mesías.

San Juan habla de lo que sus ojos han visto y sus manos han palpado, y narrará a sus destinatarios lo que sus oídos oyeron. Todo eso es posible porque «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Contrariamente a lo que podríamos pensar, la acción de Dios no viene motivada por los actos de los hombres, sino que tiene su origen totalmente en su amor.

Dice santo Tomás: «Nosotros amamos las cosas porque son buenas, pero las cosas son buenas porque Dios las ama». A ese amor, preexistente desde toda la eternidad, se refieren las lecturas de hoy.

Hay un solo designio, del que se nos dan a conocer dos aspectos.

Por una parte está el deseo de Dios de hacerse hombre para salvar a los hombres.

Por otra, está la motivación de ese deseo y es que Dios, dice san Pablo, «nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo».

Como dice san Ireneo: «Dios se hizo hombre para que el hombre fuera hijo de Dios». Por eso, al descendimiento de Dios corresponde la elevación del hombre. Misterio grande que no debe pasarnos desapercibido.

El misterio de la Navidad no se llega a entender plenamente si se olvida que Dios se ha hecho hombre para salvarnos del pecado y para elevarnos a la vida sobrenatural. Cuando en el prólogo del evangelio de san Juan se nos dice que «a cuantos le recibieron les da poder para ser hijos de Dios», se está señalando la entraña del cristianismo. Ser cristiano es ser hijo de Dios. Es decir, participar de la misma vida de Cristo. Esa vida que tenía la Palabra junto a Dios pero que ahora, a través de su humanidad asumida, nos comunica a todos nosotros. El misterio de la Encarnación muestra el amor de Dios, pero el hecho de que inmerecidamente nos eleve a la condición de hijos suyos manifiesta aún más la grandeza de su amor.

Las lecturas de este domingo nos invitan a elevar nuestra alma hacia Dios y contemplar ese misterio de amor. El que es vida en sí mismo, todopoderoso y perfecto, el que lo tiene todo a su alcance, no se conforma con darnos algunas cosas, sino que nos comunica lo más grande: su propia vida. Y, además, como si esto no fuera suficiente, nos la hace llegar a través de su Hijo.